

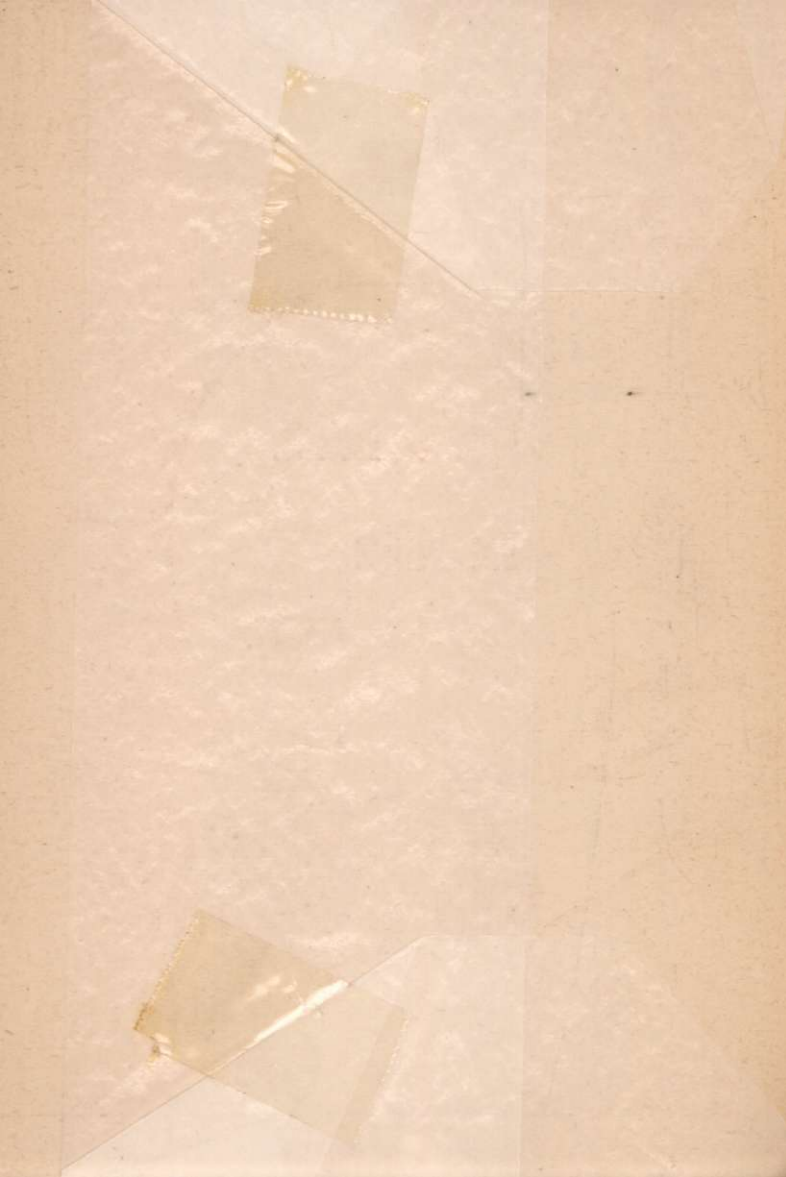
TEATRO LIRICO F. VILLACASA

I

En el Desierto.

Una partida
de ajedrez.







Teatro Lírico.

I

1
0
429

En el Desierto.
Una partida de ajedrez.

Obras de Francisco Villaespesa.

POESÍA

Intimidades.—Flores de almendro.—Luchas.—Confidencias.—La copa del rey de Thule.—La musa enferma.—El alto de los bohemios.—Rapsodias.—Las canciones del camino.—Tristitia rerum.—Carmen.—El patio de los Arrayanes.—Viaje sentimental.—El mirador de Lindaraxa.—El libro de Job.—El jardín de las Quimeras.—Las horas que pasan.—Saudades.—In memoriam.—Bajo la lluvia.—Torre de marfil.—Andalucía.—Los remansos del crepúsculo.—El espejo encantado.—Los panales de oro.—El balcón de Verona.—Palabras antiguas.—Jardines de plata.—Collares rotos.—El velo de Isis.—Lámparas votivas.—Campanas Pascuales.—El reloj de arena.—Los nocturno del Generalife.—La cisterna. La fuente de las gacelas.—Baladas de cetrería y otros poemas.

EN PRENSA

La musa gitana.—La casa del pecado.—Paz.

PROSA

El milagro de las rosas.—El último Abderra-

mán.—*La venganza de Aischa.*—*Zarza florida.*—*Breviario de amor.*—*Las joyas de Margarita.*—*Vida y Arte: I. Julio Herrera Reisig.*—*Las granadas de rubies.*—*Fiesta de poesía.*—*Las garras de la pantera.*—*La tela de Penélope.*—*Las palmeras del oasis.*—*Primavera romántica.*—*El milagro del vaso de agua.*—*Resurrección.*—*Los suaves milagros.*

TEATRO

El Alcázar de las Perlas. (Tragedia árabe en cuatro actos.)

Doña María de Padilla. (Drama histórico en tres actos.)

El rey Galaor. (Tragedia en tres actos, inspirada en un poema de Eugenio de Castro.)

Judith. (Tragedia bíblica en tres actos.)

Era El. (Poema en un acto.)

Abén Humeya. (Tragedia morisca en cuatro actos.)

El halconero. (Poema trágico en tres actos.)

La Leona de Castilla. (Tragedia castellana en tres actos.)

La Maja de Goya. (Episodio dramático en tres actos.)

La Cenicienta. (Poema en un acto.)

El suspiro del moro. (Tragedia árabe en cuatro actos.)

En el Desierto. (Poema dramático en un acto.)

TRADUCCIONES

La Gioconda. (De Gabriel D'Annunzio.)

Salomé y otros poemas. (De Eugenio de Castro.)

La cena de los Cardenales. (Comedia en un acto, de Julio Dantas.)

Don Beltrán de Figueroa. (De Julio Dantas.)

Rosas de todo el año. (De Julio Dantas.)

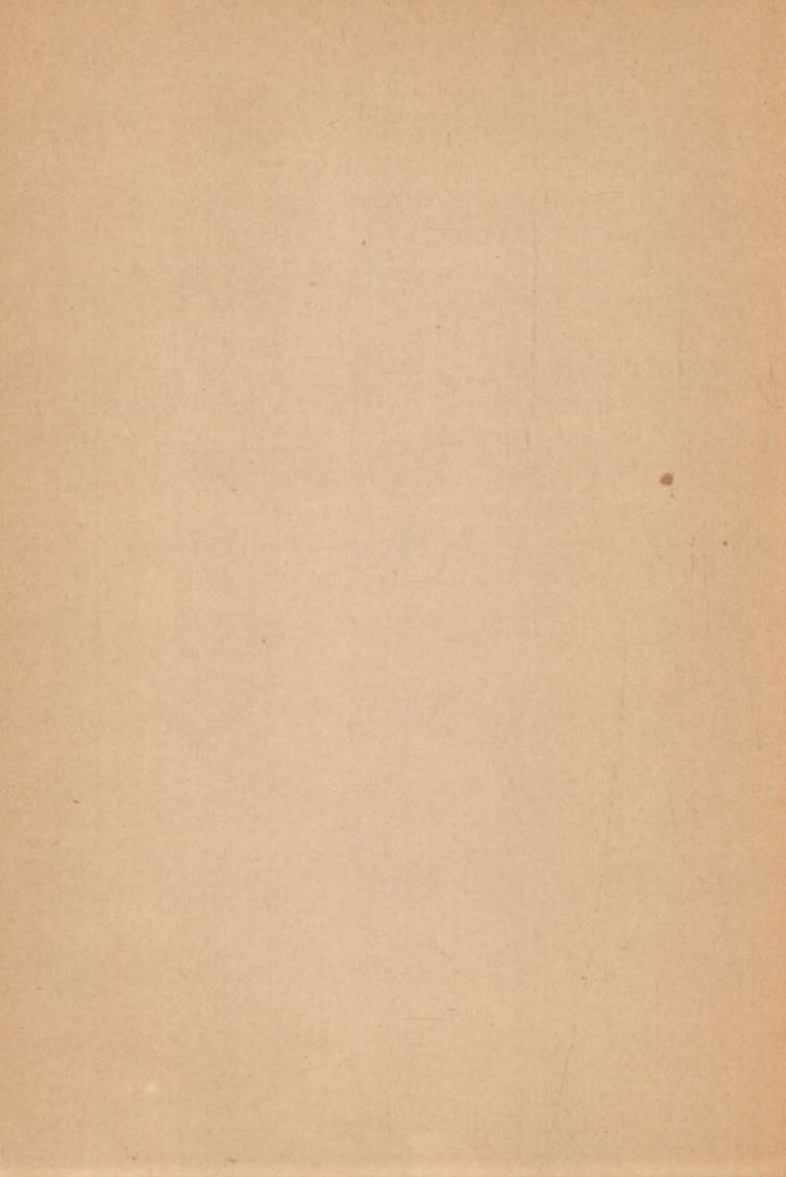
Don Ramón de Capichuela. (Sainete en un acto, de Julio Dantas.)

Una partida de ajedrez. (Comedia en un acto, de Giuseppe Giacosa.)

El triunfo del amor. (Comedia en dos actos, de Giuseppe Giacosa.)

Dolor supremo. (De Marcelino Mezquita.)

Almas enfermas. (De Marcelino Mezquita.)



1 + cm
R-10671
FRANCISCO VILLAESPESA



EN EL DESIERTO

Leyenda árabe en un acto y en verso.



Madrid.
1917

Es propiedad.

IMPRESA DE M. GARCÍA Y G. SÁEZ
MESÓN DE PAÑOS, NÚMERO 8, BAJO.

Dedicatoria.

Al gran actor Leovigildo Ruiz
Tatay, con todo el afecto y la
admiración de su devoto,

VILLAESPESA

Madrid, febrero 1917.

EN EL DESIERTO

PERSONAJES DE LA LEYENDA

ALMANZUR. Ochenta años. Fuerte y robusto como un viejo tronco de palmera. Tiene el aspecto venerable y las luengas barbas de los antiguos patriarcas.

OMAR. Juventud desenfrenada y bella de león del desierto.

ALÍ. Hermano de Almanzur, y casi de su misma edad.

AYUB. Uno de esos poetas errantes que recitan sus kasidas y sus gacelas, a la luz de la luna, en la puerta de las tiendas nómadas.

GUERRERO 1.º

GUERRERO 2.º

EL CADÁVER DE ALIATAR

GUERREROS ÁRABES

La acción en las arideces del Desierto, durante el califato de los primeros descendientes del Profeta, cuando las leyes y preceptos koránicos se observaban en toda su pureza.

ACTO ÚNICO

Interior de una tienda nómada, amplia y cónica, sostenida por recios y rugosos troncos de palmeras y recamada de pieles de leones y tapices multicolores. Por el hueco del fondo penetra el resplandor del plenilunio, y se divisan los arenales ilimitados, como un mar de plata ondulante, petrificado en el silencio nocturno. A la izquierda, un rico tapiz de la Siria, oculta la entrada a los departamentos interiores. En la penumbra centellean los arneses guerreros. Al alzarse el telón, sólo un rayo de luna ilumina el fondo de la escena.

ESCENA PRIMERA

ALMANZUR y ALI, reclinados cerca de la entrada sobre ricos almohadones de púrpura bordados en oro, escuchan atentamente a AYUB, que de pie, bajo la claridad lunar, recita, a compás de la guzla, una suave y melancólica gacela del desierto.

AYUB

Recitando.

En tanto el amor exista,
¿para qué quieres beber,
si no hay vino que embriague
como un labio de mujer...?

ALMANZUR

Alzando lentamente la cabeza para interrumpirle.

¡Ayub, calla esas dulces canciones amorosas, porque nada hay tan triste como ver a un anciano aspirando, en las ruinas caducas de su mano, la fragante frescura de un manojo de rosas...! El amor, que a los jóvenes estremece de gozo y pone en sus pupilas como un divino encanto, para nosotros sólo tiene amargor de llanto, y es igual que una estrella en el fondo de un pozo!

Como recordando un remoto sueño desvanecido.

¡Amor...! ¡Qué de tesoros perdidos nos evoca...! El oasis; la fresca sombra de la palmera, en donde el labio imberbe, su sed, por vez primera, apagó en la cisterna virginal de una boca...! Entonces, en la calma de las noches tranquilas, eran para nosotros las estrellas más bellas, ¡ay! porque nuestros ojos miraban las estrellas temblando en la profunda noche de sus pupilas!

Con la voz trémula por la
emoción lejana que resucitan
sus palabras.

¡Ya de tantos hechizos, ya de aquel seno amado,
donde incliné la frente, no quedan ni cenizas,
porque sobre las áridas arenas movedizas
el tiempo, con sus alas, para siempre ha borrado!

Inclina la cabeza, casi so-
llozante, entre las manos.
Ayub abandona la guzla y se
le aproxima.

AYUB

Almanzur, ¿qué te pasa...? ¿Qué angustia
arremolina
la plata de tus barbas sobre tu altivo pecho...?

ALMANZUR

Como si hablase consigo
mismo.

¡Ay, todo se ha perdido...! ¡Ay, todo se ha
deshecho,
como un frágil ensueño de niebla matutina...!

En un sollozo apagado.

¡Oh, madre de mis hijos...! ¿Cuándo te veré?

¿Cuándo?

¿Quién de mis brazos, dime, te arrebató tan
lejos...?

Volviéndose hacia Ayub,
con voz trémula de lágrimas.

No les narres historias de amores a los viejos,
porque siempre, al oírlas, acabarán llorando...!

Pequeña pausa. Almanzur
se dirige hacia su hermano
que, la barba inclinada sobre
el pecho, ha permanecido
oyéndole.

Y tú, hermano, ¿qué dices...?

ALÍ

Alzándose, con la voz pro-
fundamente emocionada.

¡Mírame! También lloro,
y como tú la ausencia de mi amor recordaba...!

Otra pequeña pausa de silencio y de evocación que interrumpe Ayub, pulsando de nuevo la guzla.

AYUB

¡Os diré una Kasida que está bordada en oro pendiente de los santos muros de la Kaaba...! Aquella en que se cuenta cómo Aliatar, el rayo de la guerra, al empuje de una lanza enemiga, traspasada la adarga y rota la loriga, cayó muerto a las plantas de su propio caballo...!

ALMANZUR

Alzándose estremecido.

¡Calla, Ayub...! ¡No prosigas...! ¿Tu memoria no advierte que Aliatar, mi hijo único, al combate ha partido, y quizá a estas horas, también habrá sentido astillarse en sus huesos la lanza de la Muerte...?

ALÍ

Interrumpiéndole como para reanimarle.

Por tu hijo, tranquilo puedes estar... No cruza el desierto cachorro de león como el tuyo... ¡Para su brazo un juego es esta escaramuza...!

ALMANZUR

Tienes razón, hermano... ¡Aliatar es mi orgullo...!

Como sobrecogido de pronto por un triste presagio.

Mas en vez de animarme, me asusta su denuedo, que quien ama el peligro en sus garras perece...

Pequeña pausa. Se asoma al umbral, observa, y torna de nuevo hacia Ali, estremecido de espanto.

No sé lo que me angustia, Ali... ¡Mas tengo miedo...!

AYUB

Alentándole.

Desecha esos temores, Almanzur... No parece sino que sale ahora a su primer campaña, cuando ya ha recorrido, con la lanza en la mano, las cálidas arenas del desierto africano y los floridos campos de la remota España!

Aproximándosele más aún,
como si contemplase lo que narra.

¡Si tú lo hubieras visto, igual que yo lo he visto, bajo lluvia de flechas, trepar a un baluarte, y arrancar de la almena la bandera de Cristo para plantar en ella nuestro verde estandarte! Y en Toledo, una tarde, en la fértil orilla del Tajo que los muros de la ciudad rodea, desarzonó su lanza, en desigual pelea, a los seis campeones más bravos de Castilla...!

ALMANZUR

Con orgullo.

¡Cómo habrán de extrañarme sus gloriosas
acciones,
su ánimo valeroso y su indomable brío,
si he sido su maestro, Ayub; si es hijo mío,
y la sangre que tiene es sangre de leones...!

AYUB

Entonces, ¿por qué temes, Almanzur...?

ALMANZUR

Severamente.

¡Porque antes
con las huestes infieles luchó por la justicia
de nuestra fe, y ahora le arrastra la codicia
del botín, a la lucha contra esos caminantes!

ALÍ

Interviniendo.

Tus quejas son injustas. La mano omnipotente
de Dios, a nuestro alcance ha puesto esta mañana,
para salvar la tribu, la rica caravana
que cargada de oro regresa del Oriente.

ALMANZUR

Mas, dime, ¿por ventura no tienen los cristianos opulentas ciudades que asaltar en la guerra...?

¿Para qué verter sangre de hermanos
contra hermanos
cuando aún quedan infieles que abatir
en la tierra?

ALÍ

Más piensa en las miserias del aduar: la peste diezmando los rebaños, la cosecha* perdida...
Tengo setenta años... ¡Te juro que en mi vida he visto, hermano, un año más estéril que éste...!
¡Y cuando en nuestras tiendas tan míseros
nos vemos,
y el fantasma esquelético del hambrenos hostiga;
cuando estamos perdidos, ¿quieres que
rechacemos
los copiosos socorros que el Señor nos prodiga?

ALMANZUR

Inclinándose hasta casi tocar el suelo.

¡Cúmplase la Divina Voluntad!

Pequeña pausa. Vuelve a
espiar a la puerta de la tienda.

Mas me extraña
que estemos sin noticias... ¡Ayub, observa fuera...!
¡Ve si brillan las llamas rojizas de la hoguera
sobre la altiva cumbre de esa vieja montaña!

Sale Ayub. Almanzur se
queda observando en los um-
brales. Un nuevo estremeci-
miento de terror, recorre to-
dos sus miembros, en un es-
calofrío de muerte.

ESCENA SEGUNDA

ALMANZUR y ALÍ

ALÍ

Corriendo a amparar a su hermano.

Almanzur, ¿qué te pasa?

ALMANZUR

Con voz débil, pálido de espanto, como si sus ojos contemplasen la certidumbre de sus oscuros y confusos presentimientos.

No lo sé... ¡Tengo miedo!

ALÍ

Desecha esos temores...

ALMANZUR

Como si toda la fatalidad
de su raza hablase por sus la-
bios.

¡Ay, todo será en vano,
que por más que me esfuerzo desecharlos
no puedo...

Bajando la voz. Con mis-
terio.

¡Me muerden los presagios el corazón, hermano...!

ALÍ

Sorprendido.

¿Qué dices?

ALMANZUR

Lo que oyes. Atentamente escucha:

Todo presagia un término funesto a esta
jornada...

Cuando mi noble hijo partió para la lucha
su lanza se hizo astillas contra una empalizada...

¿Y acaso no miraste, como ciervo que acosa
el furor insaciable de una hambrienta jauría,
erizada de espanto, cruzar una raposa
entre la alegre hueste que al combate partía?

Cubriéndose el rostro con
las manos.

¡Qué terribles augurios...!

ALÍ

Queriendo animarle, pero
también profundamente emo-
cionado.

Tus presagios olvida...

ALMANZUR

¡Oh, temo que a mi hijo algún mal le suceda...!

Es el único apoyo que a mi vejez le queda,
y si le pierdo, hermano, ¿qué será de mi vida...?

Quedan los dos abrazados y sollozantes, en un ángulo de la tienda, mientras resuena a lo lejos un rumor confuso de gentes, y en el umbral aparece Ayub.

ESCENA TERCERA

DICHOS Y AYUB

ALÍ

Volviéndose al que entra.

¿Qué pasa, Ayub...?

ALMANZUR

Con profunda ansiedad.

¿Qué pasa?

AYUB

Desde la entrada, señalando los arenales. Los viejos se le aproximan para observar.

AYUB

¡Tiene la adarga rota y el rostro ensangrentado!

Omar aparece pálido, jadeante y sangriento. Los tres se apartan para dejarle libre el paso.

ESCENA CUARTA

DICHOS Y OMAR

OMAR

Cayendo de rodillas ante
los ancianos.

¡En el nombre del cielo traspaso estos umbrales,
y postrado de hinojos que me amparéis os pido...!

ALMANZUR

¿Qué te pasa, buen hombre?

OMAR

¡Que vengo perseguido...!

¡Cien jinetes me siguen por esos arenales...!

Cruzando las manos en una
súplica fervorosa.

¡Ocultadme...! ¡Si caigo en sus manos, soy
muerto...!

¡No volverán los ojos a contemplar mi tienda,
que se alza, blanca y sola, al final de la senda,
como una gaviota parada en el desierto...!

ALMANZUR

Alzándole paternalmente.

¡Alza del suelo...! Nada temas... La tribu es mía,
pero ya es tuya, huésped, y dispón a tu antojo...
¡Quien quiera que tú seas, es Dios el que te envía,
y como a un mensajero de su poder te acojo...!

OMAR

Alzándose.

Me persiguen... Son muchos... ¡Aúllan como
chacales!

ALMANZUR

Tranquilizándole.

Ten en mi confianza y desecha el temor...
¡Mi tienda es respetada en estos arenales
tanto como en la Meca la casa del Señor...!

Volviéndose a Ayub.

¡Ayub, convoca a toda la gente que ha quedado
en la tribu, y con ella el desierto avizora,
para salvar mi huésped, que el huésped es
sagrado,
y es lo mismo que un templo la casa donde
mora...!

Dirigiéndose a su hermano.

¡Tú, Alí, a las mujeres de nuestra tienda ordena
que preparen el lecho más rico y más mullido,
los más gratos perfumes, la más copiosa cena,
para obsequiar al huésped que el Señor me ha
traído!

Sale Alí por la izquierda y
Ayub por el fondo.

ESCENA QUINTA

ALMANZUR Y OMAR

OMAR

Besándole las manos.

¡Oh, gracias, noble anciano...!

ALMANZUR

¡No agradezcas mi celo,
que el interés me guía, pues aquel que en la
tierra,
las puertas de su casa a su huésped le cierra,
no le abrirá el Arcángel los encantos del cielo!

OMAR

¡Mi vida, entre tus manos venerables confío...!

ALMANZUR

Sentándole paternalmente
sobre los almohadones.

¡Mas la angustia te ahoga y el cansacio te acosa...!
En tanto que prepara tu lecho, huésped mío,
sobre estos almohadones, a mi lado reposa...
Y restaura tus fuerzas, que vienes fatigado...

Tomando de la derecha un
cesto de dátiles y un cuenco
de leche.

¡Poca cosa ofrecerte puedo en estas arenas:
dátiles de mi oasis, mieles de mis colmenas,
y leche de camellas que yo mismo he ordeñado!

OMAR

Después de beber ansiosa-
mente.

¡Gracias...! Con tus mercedes me has devuelto
la vida.

¡De tanta sed traía la garganta abrasada!

ALMANZUR

Reparando de pronto en la
sangre que le mancha el ros-
tro.

Pero ¿vienes herido...?

OMAR

Es un rasguño: nada...

ALMANZUR

¡Yo con mi propia toca restañaré tu herida...!

La restaña y se sienta a su
lado.

Duerme, que mientras duermas velaré tu reposo...

Omar alza los ojos y los di-
rige ansiosamente hacia los

arenales, y un temblor de lágrimas parece humedecer un instante la fiebre de sus miradas.

¿Te conduce tu suerte?

OMAR

¡Más que mi suerte, siento la suerte de mi yegua, que cayó sin aliento, espumeando angustia, al saltar ese foso!

Señalando hacia la derecha de los arenales.

ALMANZUR

¿La amabas tanto, huésped...?

OMAR

¡Como a mi propia esposa...!
¡Y me apena dejarla tan sola...!

ALMANZUR

¡En las arenas,
profunda como un silo, cavaremos su fosa,
para que no devoren sus despojos las hienas!

OMAR

¡Era como un antílope de ágil, y tan fuerte
como un león de Atlas...! ¡Con su ayuda he podido,
mirándome por tantos corceles perseguido,
a través de esos montes escapar de la muerte...!

ALMANZUR

Como recordando.

¡Yo también tuve una, en época lejana,
y a pesar de los años, aún su pérdida lloro...!
¡Sus pupilas de ébano consteladas de oro
tenían las dulzuras de una pupila humana!

Fina de remos; móvil y estremecido el flanco;
las orejas vivaces y la nariz ardiente;
negra como la sombra... Sólo sobre la frente
descarnada, lucía como un lucero blanco...

¡Cuando sobre su cuello las riendas aflojaba
o en sus ijares trémulos el acicate hundía,
alcanzaba al antílope, al avestruz vencía,
y hasta el sonoro vuelo del viento fatigaba...!

Mas no hay en esta vida felicidad completa...
Escucha, huésped mío... En aquella ocasión
tuve que ir a la Meca, en peregrinación,
a visitar el santo sepulcro del Profeta.

Celebrábase entonces la Pascua del Carnero.
Antes de entrar al templo, mi yegua dejé atada
al tronco de un florido y verde limonero,
que daba paz y sombra a la senda empolvada.

Mas al salir, en vano la busqué, porque en tanto
que elevaba a los cielos mis puras oraciones,
postrado de rodillas en el recinto santo,
de la senda la habían robado unos ladrones.

Mesándome las barbas maldije mi destino;
a mis voces la gente se agrupó alborotada;

y un hombre, que vivía en mi misma posada,
me prestó su caballo y me indicó el camino

por donde los ladrones emprendieron la huida...
Bramando de coraje, rápido como el rayo,
salté sobre la grupa del fogoso caballo,
y tras ellos lancéme veloz, a toda brida...

Como un turbión de espanto corrí más
de una legua,
cuando al volver un áspero recodo del camino,
entre nubes de polvo, más que ver adivino
cruzar por la espesura la sombra de mi yegua...

¡Un vértigo arrastróme, y en un furioso embate,
sobre el corcel tendido, con la voz, con mi aliento,
le impulsaba, clavándole sin tregua el acicate,
y a su paso silbaba como un venablo el viento!

Con las crines revueltas, la nariz resoplante,
que volaba en la senda, mi corcel parecía,
devorando distancias... Más cerca a cada instante
la visión fugitiva de mi yegua veía...

Y cuando ya tan cerca mi corcel se encontraba
que su bello espumoso su flanco humedecía,
viendo que iba a vencerla, grité a quien
la montaba:

— ¡Hostígala en las cruces! — Y como
un torbellino,
la yegua en un arranque, saltando un arroyuelo,
perdióse entre las nubes de polvo del camino,
al expirar las últimas claridades del cielo,

mientras que resoplando, todo en sudor bañado,
mi corcel se detuvo, jadeante... Una llama
de orgullo dió a mis ojos un resplandor dorado...
¡Y así perdí mi yegua, pero salvé su fama!

OMAR

Emocionado por el relato.

¡Bella acción!

ALMANZUR

Tristemente.

...Y en los años que después he vivido,
en los largos martirios de mi vida agitada,
como mi yegua, todo cuanto amé, lo he perdido;
y hoy tan sólo me quedan: recuerdos, polvo...
¡nada!

OMAR

¿Para ti ya consuelos no existen en la tierra?

ALMANZUR

Sólo uno me ha dejado el rigor de la suerte...
¡Un hijo, un solo hijo, bizarro, noble y fuerte,
en cuyo amor mi única esperanza se encierra!

OMAR

¿Y vive aquí contigo?

ALMANZUR

Al nacer la mañana,
comandando las gentes de la tribu, ha marchado
a esperar el desfile de una caravana...

Receloso e inquieto.

¡Y es ya noche, y su suerte me tiene con cuidado!

OMAR

¿Qué temor, noble anciano, tu espíritu contrista...?
¿Su brazo, acaso, es débil...?

ALMANZUR

Con orgullo.

¡Es tanta su pujanza
que no hay peto que embote ni adarga que resista
la furia de su acero o el golpe de su lanza...!

OMAR

¿Por qué temes, entonces?

ALMANZUR

Con gravedad.

¡Ay, porque nadie advierte
cuándo la propia sombra se ha de borrar, ni dónde

como áspid entre lirios, para herirnos, se esconde la certera saeta que emponzoñó la muerte...!

¡Jamás el labio humano sabrá en qué emboscada ha de exhalar el último suspiro de su aliento...!
Para apagar la lámpara basta un soplo de viento...
¡Y el hombre es como el humo, y nuestra vida es nada!

Pequeña pausa. Se acerca inquieto a la puerta, con el oído atento a los rumores nocturnos. Después se vuelve hacia su huésped.

¡Mas tú, mi noble huésped, te encontrarás
rendido!

Duerme, mientras yo velo...

OMAR

Descansar no podría,
que el sueño de mis párpados, como una sombra,
ha huído.

ALMANZUR

Sentándose a su lado.

Pues platiquemos hasta que resplandezca el día,
si platicar te agrada...

OMAR

¡Cómo no ha de agradarme
el conversar contigo, buen viejo, si en la tierna
dulzura que a tu acento le prestas, al hablarme
hay algo como un eco de aquella voz paterna,
que ya escuchar no puedo...!

ALMANZUR

¿A tu padre perdiste?

OMAR

Estas manos que estrechan las tuyas, han abierto
—ha tiempo—su sepulcro en mitad del desierto,
camino de mi patria...

ALMANZUR

¿En qué tierra naciste?

OMAR

¡Allí donde las brisas son frescas y fragantes...!
Se ha mecido mi cuna bajo el ramaje espeso
de aquel Edén, en donde, como tiernos amantes,
el Eufrates y el Tigris, se funden en un beso...!

ALMANZUR

¿Dónde te dirigías?

OMAR

A la tierra lejana
donde mi amor me espera, hoy regresaba al frente
de la más numerosa y rica caravana
que vieron las estrellas de los cielos de Oriente,
cuando al cruzar la cumbre de esos montes,
por una
banda de salteadores, de pronto fui cercado...

¡Y gracias que con vida el Señor me ha dejado para llorar la pérdida de toda mi fortuna...!

ALMANZUR

¿Y tus hombres?

OMAR

Algunos combatiendo cayeron
cual rabiosos leones, pero los más, apenas
iniciado el ataque, desbandados huyeron
a hundirse entre las ondas de esos mares de
arenas...

Solo me encontré en medio de un círculo de
espadas...

De pie sobre el estribo, a resistir me atrevo,
cuando abriéndose paso, se interpone un
mancebo,

y clavando en los suyos sus altivas miradas:

—¡Atrás, todos!—rugióles—. ¡Este valiente
es mío!

¡Y conmigo, arrogante y denonado cierra;

y me arrojó, al galope, su lanza con tal brío,
que al esquivarla, hundióse dos palmos bajo
tierra!

Le arremeto, y mi lanza salta rota en pedazos.
¡Blandimos las espadas, señor, y son tan fieros
los golpes, que sin tregua, descargan nuestros
brazos,
que relampagueaban, al chocar, los aceros...!

¡Hasta que al fin, ansiando morir o dar la muerte,
rechinantes los dientes de ira, como una hiena,
de pie sobre el estribo, le descargué tan fuerte
mandoble, que sin vida rodó sobre la arena!

Todos me acometieron como hambrienta jauría...
Y al contemplarme solo, huí desorientado
por esos arenales donde ni senda había...
¡Y gracias a los cielos que a tu tienda he llegado!

ALMANZUR

Abrazándole enternecido.

¡Deja que entre mis brazos te estreche con
ternura...!

¡Que eres mi propio hijo al abrazarte creo...!

¡El mismo fuego ardiente que en sus ojos fulgura
brillar entre las sombras de tus pupilas veo!

Se queda de pronto pensativo, como si el vuelo de un presentimiento rozase sus sienes.

¡Mi hijo...!

OMAR

Aproximándosele.

¿No has recibido noticias de su empresa?

ALMANZUR

No llegaron, y temo...

Se oye un lejano clamor.

OMAR

Escuchando lleno de zozobra.

Mas, oye; ¿esos clamores...?

Se asoma a la puerta. Observa atentamente, y de súbito se vuelve pálido y tembloroso hacia Almanzur.

¡Ocúltame...! ¡Se acercan...! ¡Son mis perseguidores!

ALMANZUR

Mirando también al fondo.

¡No temas...! ¡Es mi gente que al aduar regresa...!

Cuando Almanzur se dispone a salir, aparecen, cerrándole el paso, Ayub y los guerreros, que conducen sobre un escudo el cadáver de Aliatar. Omar, al reconocer a éstos, retrocede hacia un ángulo, y allí se apresta a su defensa.

ESCENA SEXTA

DICHOS, ALÍ, AYUB Y GUERREROS

AYUB

Entrando.

¡Almanzur, la desgracia cayó sobre tu frente...!
¡Dios te ha dejado solo al final del camino...!

ALMANZUR

Preso de una profunda ansiedad, dirigiéndose a los que entran.

¡Mi hijo...! ¡Decidme, pronto, ¿dónde está...?

Alí y Ayub le detienen. Los

guerreros conducen el cuerpo inanimado de Aliatar y le colocan sobre los tapices y los almohadones de la izquierda.

OMAR

Reconociendo el cadáver y cubriéndose horrorizado.

¡Dios clemente...!

UN GUERRERO

Mostrándole a Almanzur el cadáver de su hijo, y señalándole a Omar.

¡Aquí tienes su cuerpo, y allí está su asesino...!

Almanzur queda un instante anonadado de dolor. Se le ve temblar y desfallecer, como si fuera a desplomarse. Allí le sostiene. Los guerreros avanzan, con las espadas desnudas, hacia Omar.

OTRO GUERRERO

A Almanzur, señalando a Omar.

•Dádnole...! ¡Es nuestra presa!

Volviéndose hacia el cadáver.

¡Su sangre está clamando
venganza...!

ALMANZUR

Dando un grito terrible y curvándose para ver a su hijo.

¡Oh, mi Aliatar...!

De repente, viendo que sus gentes van a acometer a Omar, se yergue, y se interpone para ampararle.

¿Qué dicen? ¡Habla...! ¿Es cierto...?
¿No respondes, mi huésped...?

OMAR

Avanzando resuelto.

¡Es verdad! ¡Yo le he muerto
con este mismo acero, cara a cara luchando...!

ALMANZUR

Transfigurado de furor.

¡Y no se abrió la tierra, traidor, para tragarte...!
¡Y tu brazo la cólera del Señor no maldijo...!

Hace un esfuerzo terrible
para dominarse. Su voz se va
amansando hasta estallar en
un largo sollozo desesperado.

El huésped es sagrado... Mi deber es salvarte...
Perdona mis palabras... ¡Pero el muerto...
es mi hijo!

UN GUERRERO

Dirigiéndose a Omar.

¡Venganza está pidiendo la sangre derramada...!
¡Que la tuya la arena del desierto se beba...!

GUERREROS

Relampagueando sus espadas.

¡Venganza...! ¡Sí...! ¡Venganza...!

ALMANZUR

Viendo el peligro de su huésped, desenvainando su espada y colocándose en actitud firme y resuelta delante de Omar para defenderle.

¡La mano que se atreva a tocarle, de un golpe cercenará mi espada!

Los guerreros retroceden, pero sin dejar su actitud hostil.

hasta mi propio hijo sangriento se alzaría,
y a presencia de todos, de mí renegaría,
porque con mis traiciones su sangre deshonrara...!
¡A la cinta el acero...! Vuestro furor no espere
que a mi huésped traicione...

OMAR

En un arranque de genero-
sidad, cayendo de rodillas a
las plantas de Almanzur.

¡Escucha, noble anciano!
Aquí tienes mi cuello... Cuando te plazca hiere,
que al expirar, mis labios bendecirán tu mano...!
Te dejó la fortuna sólo un hijo, que era
el báculo más firme que tu vejez tenía...
Para vengarsu muerte, tu corazón, ¿qué espera...?
¡Yo he vertido su sangre, derrama tú la mía...!

ALMANZUR

Luchando terriblemente
entre la tradición hospitala-

ria de su raza y el amor de
su hijo.

¡Tienes razón, mi huésped! ¡Es cierto!

¡No te engañas!

¡El, el único amparo de mi vejez ha sido...!

Ciego de furor y sediento
de venganza.

¡Y tú, le diste muerte...! ¡La espada que le
ha herido

la siento que penetra también en mis entrañas...!

OMAR

¡Hiere, y venga su sangre!

ALMANZUR

¡No excites mis pasiones,
que siento que despiertan, silbando su veneno,
las víboras hambrientas que duermen en mi seno,
y se ciegan mis ojos...!

Bruscamente asaltado de

un deseo de venganza, levanta el arma para herir. Después vacila, tiembla, y la abate, elevando sus ojos en una súplica desesperada, a los altos cielos que empiezan a azulear con las primeras claridades del día.

¡Señor, no me abandones...!
¡Todas, todas las fuerzas del corazón agoto...!

Volviéndose desúbito hacia el huésped que permanece de rodillas ante el silencio y la expectación de todos.

¡Levántate, mi huésped, deshonorarme no quiero, y antes de deshonorarme, ya ves, rompo este acero que en treinta años de lucha ninguna espada ha roto!

Rompe la espada y la arroja a los pies de su huésped.

OMAR

!Ya que tu honor no quiere a tu hijo vengar,
permite que de nuevo ahora mi ruta emprenda,
y que libre a tus ojos del dolor de mirar
al que trajo consigo la desgracia a tu tienda...!

Se alza.

ALMANZUR

Huésped, mi tienda es tuya, y de ella
dueño eres...!
Manda a tu arbitrio en todo, porque el deber
me obliga
a servirte y a honrarte... ¡Mas si marchar
prefieres,
parte, cuando te plazca... y el Señor te bendiga...!

En voz baja, dirigiendo una
mirada de suprema angustia
a los cielos.

¡Cielos, las negras heces de mi dolor apuro...!

Volviéndose a sus guerre-
ros, imperiosamente.

¡Guerreros, devolvedle todo el botín; brindadle el más fogoso y noble caballo, y escoltadle hasta dejarlo libre, en un lugar seguro...!

OMAR

Al salir. Profundamente conmovido.

¡Tu nombre en lo más hondo del corazón
lo grabo...!

¡Que los cielos derramen sobre ti tantos bienes como penas sufristes! ¡Y ya sabes que tienes, en mí, para servirte, al más humilde esclavo!

ALMANZUR

A los guerreros que desfilan lentamente, dirigidos por Alí y Ayub.

¡Formad, para escoltarle, la hueste más lucida...!
¡El más santo tesoro en vuestras manos fío,
y con vuestras cabezas respondéis de su vida...!

Los guerreros desaparecen por el fondo. Almanzur los contempla inmóvil, desde el umbral. El milagro luminoso del alba centellea gloriosamente en la escena.

ESCENA ULTIMA

ALMANZUR solo.

ALMANZUR

Viendo desaparecer en las soledades del desierto los últimos guerreros. Con los brazos tendidos al cielo, como el que acaba de cumplir el más heroico sacrificio.

¡Ya cumplí mis deberes...!

De repente, como si las fuerzas le abandonasen, cayendo de bruces sobre el cadáver de su hijo.

¡Oh, Aliatar...! ¡Hijo mío!

Se inclina, y abrazado al
cadáver continúa sollozando,
mientras desciende lentamente
el telón.

UNA PARTIDA DE AJEDREZ

UNA PARTIDA DE AJEDREZ

Leyenda dramática en un acto

DE

Giuseppe Giacosa

PUESTA EN VERSO CASTELLANO

POR

FRANCISCO VILLAESPESA



Madrid.
1917

PERSONAJES

YOLANDA.

RENATO.

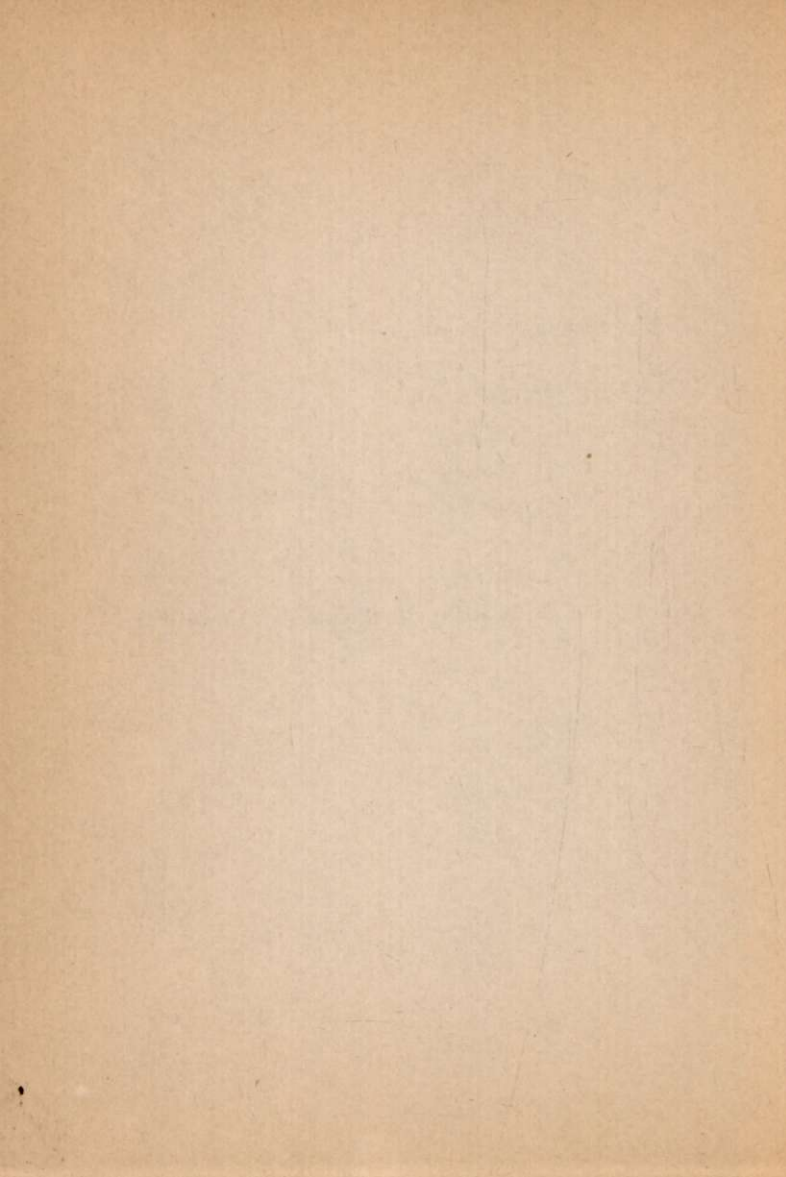
OLIVIERO, conde de Fombrone.

FERNANDO, su paje.

UN SIERVO.

PAJES Y SIERVOS.

La acción en el castillo de Renato, en el valle de Aosta. Epoca: Siglo xiv.



ACTO ÚNICO

Una sala en el castillo de Renato, con las paredes cubiertas de tapices, y el techo de madera artesonada.

A la derecha, una amplia chimenea, en cuyo frontispicio aparecen pintadas las armas de la casa.

Frente a la chimenea, a la izquierda, una gran ventana, con vidrieras emplomadas. En un ángulo de la estancia, junto a la chimenea, se abren dos puertas gemelas: una conduce a las habitaciones interiores, y la otra a la escalera. Escabeles, sillones de alto respaldo, cubiertos con cojines blasonados. Doseles de seda. Bancos y arcones de madera tallada. En el primer término de la izquierda, una mesa con un juego de ajedrez.

ESCENA PRIMERA

YOLANDA Y RENATO

Al alzarse el telón, aparecen YOLANDA y RENATO junto al ventanal, contemplando el paisaje agreste que entenebrece la tempestad. Por la vidriera penetra débilmente una luz fría y gris, que se desvanece en el resplandor rojizo de la chimenea. Durante la escena, los siervos entran con dos candelabros de hierro de cuatro mecheros, que colocan sobre la mesa.

YOLANDA

El tiempo no despeja... ¡Ve, padre, cómo llueve!

RENATO

¡Hoy es lluvia, Yolanda; mañana será nieve...!

¡Ya en la helada caricia del aire la presiento...!
Amaneció nevada la cumbre...

YOLANDA

¡Ruge el viento!

Pequeña pausa, durante la cual los dos parecen interrogar al tiempo, asomados al ventanal.

RENATO

¿Qué hora será?

YOLANDA

Las siete...

RENATO

¡Y casi es noche oscura!

Acariciando lentamente los cabellos filiales.

¡Pobre hija...! Tu suerte es demasiado dura...
¡Vivir siempre cautiva, con tu viejo guardián,
en este valle tétrico donde aulla el huracán...!

Mirando el paisaje.

¡Cómo crujen los árboles...! ¡Cuántos vendrán
al suelo!

YOLANDA

Después, en los hogares, se elevarán al cielo,
en plegarias de humo...

Se retiran del ventanal y
se acercan a la chimenea.

¡Mira, padre, qué bella,
sobre el oscuro tronco que empieza a arder,
destella
a los primeros besos del fuego que la inflama,
la azul y palpitante castidad de la llama...!
¡Oh, sí...! ¡Los buenos árboles...! ¡Al arder, sobre
el lar,
los miro con cariño, los oigo suspirar

con frágiles suspiros, y pienso en la floresta
donde alzaron un día, orgullosos, su testa!
¡Con cuántas avalanchas, hirsutos, han luchado...!
¡Cuántas veces la nieve los habrá amortajado...!
¡Ya nunca ha de vestirlos su blancura...!

RENATO

Estremeciéndose.

¡Hace frío!

YOLANDA

Empujándole cariñosamente
hacia el hogar.

¡Calientate al rescoldo del hogar, padre mío...!
Caballerescas gestas nárrame junto a él...

Como recordando de pronto.

¡Aquella bella fábula de Haroldo y su corcel...!
Vendrán los escuderos a hacernos compañía...

RENATO

Deteniéndola por una mano cuando se dispone a llamar, y sentándose luego, bajo la campana de la chimenea, a contemplar el juego purpúreo y azul de las llamas.

¡No llares a ninguno! ¡Tan sólo a ti, hija mía, quiero ver a mi lado...!

La estrecha dulcemente entre sus brazos, como a una niña curiosa a quien se la va a narrar las maravillas de un cuento de hadas.

¡Mi voz sabrá encontrar el camino más corto para poder llegar a tu alma...! ¡Tú eres el único consuelo que aquí, sobre la tierra, me ha deparado el cielo...! ¡Mi único amor...! Lo sabes...

La acaricia paternalmente las mejillas.

¡Si te miro a mi flanco,
olvido estas arrugas y este cabello blanco!

La besa. Pequeña pausa. Se
oye el rugir del viento y el
crepitar de los troncos del
lar.

¡A tu lado soy joven; sin ti, me encuentro
anciano...!

¡Una vez pedí al cielo que te diese un hermano,
que, como tú, fundiese nobleza y hermosura,
para que transmitiera, tan intacta y tan pura
como yo de mis padres la recibí, al ser hombre,
a sus hijos futuros, la gloria de mi nombre...!
Mas Dios no quiso oirme... ¡Sabia es la ley
de Dios...!

En mi pecho, Yolanda, no hay lugar para dos...
¡Y al pensar hoy en ello, me siento atormentado
por la parte de afecto que él te hubiese robado...
Ven y siéntate...

La atrae y la sienta a su
lado.

Eres hermosa, buena y casta...
Tu nombre es más valioso que una corona...

Acariciándole las manos,
en voz baja y dulce, mirán-
dose en el fondo de sus ojos.

¡Basta...!

Tendrás castillos, feudos y bosques y jardines;
serás dueña y señora de mis vastos confines...
Mas...

YOLANDA

Interrumpiéndole cariñosa-
mente con la voz velada y las
mejillas encendidas de rubor.

¿Quieres que prosiga...? Sin terminar de oír,
he adivinado todo cuanto ibas a decir...

RENATO

Sonriente.

¿Qué es ello?

YOLANDA

Más ruborosa aún.

A vuestra hija le hace falta un esposo...

RENATO

¡Es cierto...! ¡Un caballero bizarro y generoso
que, al hecerte dichosa, también feliz me haga...!

Con el acento un poco triste.

Ya estoy cerca del término: ¡mi débil luz
se apaga...!

YOLANDA

Abrazándole, en un arran-
que de amor filial.

¡No temas que los años de mis brazos te roben...!
¡Con las nuevas violetas, tornarás a ser joven...!

RENATO

¡Y luego, este castillo...! ¡Tanto salón vacío,

sin luz y sin canciones, me estremecen de frío...!
En estas vigas viejas de robles y de encinas
hay lugar para nidos... ¡pero no hay golondrinas...!
Me hacen falta las claras risas de un rapazuelo...
Se es padre, en la esperanza de ser después
abuelo...

Necesito alegría e infantiles cariños...
¡Los viejos con los niños, volvemos a ser niños...!

YOLANDA

Con celosa ternura.

¡Quiero ser sola a amarte...!

RENATO

Mas ¿por qué...?

YOLANDA

¡Porque si!

RENATO

¡Ni a tus hijos querría como te quiero a ti...!

Pequeña pausa.

Ya tienes veinte años. ¡Estás en esa edad en que las alas presas reclaman libertad...! En los cielos, a veces clavas tu pensamiento, y no es en mí en quien piensas, hija, en ese momento!

¡Eres mujer, y sola! ¡Yo, viejo paladín, estoy inútil para defender tu jardín...!

Después, en este valle oscuro, hay demasiada soledad para un alma tan joven... Tu mirada no vió los amplios cielos sobre el extenso llano, ni el arco del purpúreo horizonte lejano...!

Hay países de flores perpetuas y suaves céfiros... Mis castillos son lóbregos y graves...

¡Lailusión de los cielos está entre montes presa...!

¡Esta negra montaña más que los años, pesa!

Se envejece aquí, antes de tiempo, si el amor no escancia en nuestras copas su divino licor...

Yo soy viejo... ¡Tú misma defenderás tu empresa...!

YOLANDA

Sonriendo.

¡Pues fundaré un convento para hacerme abadesa!

RENATO

¿Te estás burlando...?

YOLANDA

Con cierta gravedad ingenua.

En serio vamos a hablar los dos.

Pequeña pausa. Se inclina hacia su padre y le habla casi al oído.

Cuando me quedo a solas con mi conciencia y
Dios,
también sueño los goces del amor, y me siento
exánime en un vago y dulce arrobamiento.
Me parece que cruza, por encanto, un caudillo

bello y joven, la puente de este viejo castillo;
y a mi oído suspira amorosos cantares
más fecundos y ardientes que los rayos solares;
y me miro en sus ojos que difunden un fuego
divino... Y, poco a poco, me duermo... ¡Y cuando
luego
despierto, ya no escucho sonar en el castillo
las espuelas de oro del gallardo caudillo!

Queda un momento inmóvil,
con el rostro entre las manos,
como si quisiera retener con ellas,
en sus ojos, el encanto que se disipa.

RENATO

Al buen marqués de Andrate rechazaste... Y era excelente partido...

YOLANDA

Interrumpiéndole con una sonrisa.

¡Si tan viejo no fuera...!

RENATO

El duque de Rosalba es fuerte y joven... Creo que la alianza es buena...

YOLANDA

Sin poder contener la risa.

Mas, ¡por Dios, es tan feo!

RENATO

¡Sólo del alma impera la belleza triunfante...!

YOLANDA

El alma es invisible... Sólo se ve el semblante... Si en mi rostro no hubiera un poco de hermosura, aunque tuviese el alma más hermosa y más pura del mundo, nadie habría tan santo que olvidara por pensar en mi alma, la fealdad de mi cara...!

RENATO

¿Y aquí sola, tu vida va a extinguirse tal vez,
entre el huso y la rueca y el juego de ajedrez...?

YOLANDA

Sonriendo, queriendo va-
riar el tema de la conversa-
ción.

¡Oh, el ajedrez...! Ahora me vienes a acordar
que te debo un desquite...

RENATO

No, déjame acabar...
A jugar no me atrevo contigo... No soy diestro...
¡En esto la discípula, ya aventaja al maestro...!
¡Añadir bien podría tu pericia al jugar,
un nuevo timbre a nuestro escudo familiar...!
Mas, el duque Rosalba...

YOLANDA

Un poco contrariada

¿Vuelves a tu porfía?

Pequeña pausa. Aproximándosele de nuevo, como para convencerle.

Si yo mal no recuerdo me prometiste un día libertad absoluta para entregar mi mano aquel a quien quisiese...

RENATO

¡Y no prometí en vano...!
¡Mantengo mi promesa...! Contra el uso corriente entre nobles señores, yo, que a Dios solamente hago juez de mis actos, dejé a tu corazón libre para elegir... Pues sé que tu elección será el más fiel pronóstico y el arra más segura de un hombre sin mancillas y un alma sin pavura...!

Mas, ¿por qué entre los nobles que en mi Corte reuno,
tu corazón, Yolanda, no ha elegido a ninguno?
¿Amarás en secreto...?

YOLANDA

¡No, padre...!

RENATO

¡Así lo creo...!

El cristal de tus ojos aún no empañó el deseo...
¡Y tú mentir no sabes!

YOLANDA

Con sumisión.

¡Quiero verte dichoso...!
¡Aquel que tú prefieras, ese será mi esposo...!
¡Te devuelvo la noble libertad que me diste...
y esperaré mi suerte...!

RENATO

Conmovido, besándola.

¡Gracias, hija...!

Resuena el esquilón del castillo.

YOLANDA

¿No oíste?

¡La campana de alarma del castillo ha sonado!

Mirando desde la ventana.

Se alzaron las cadenas del puente...

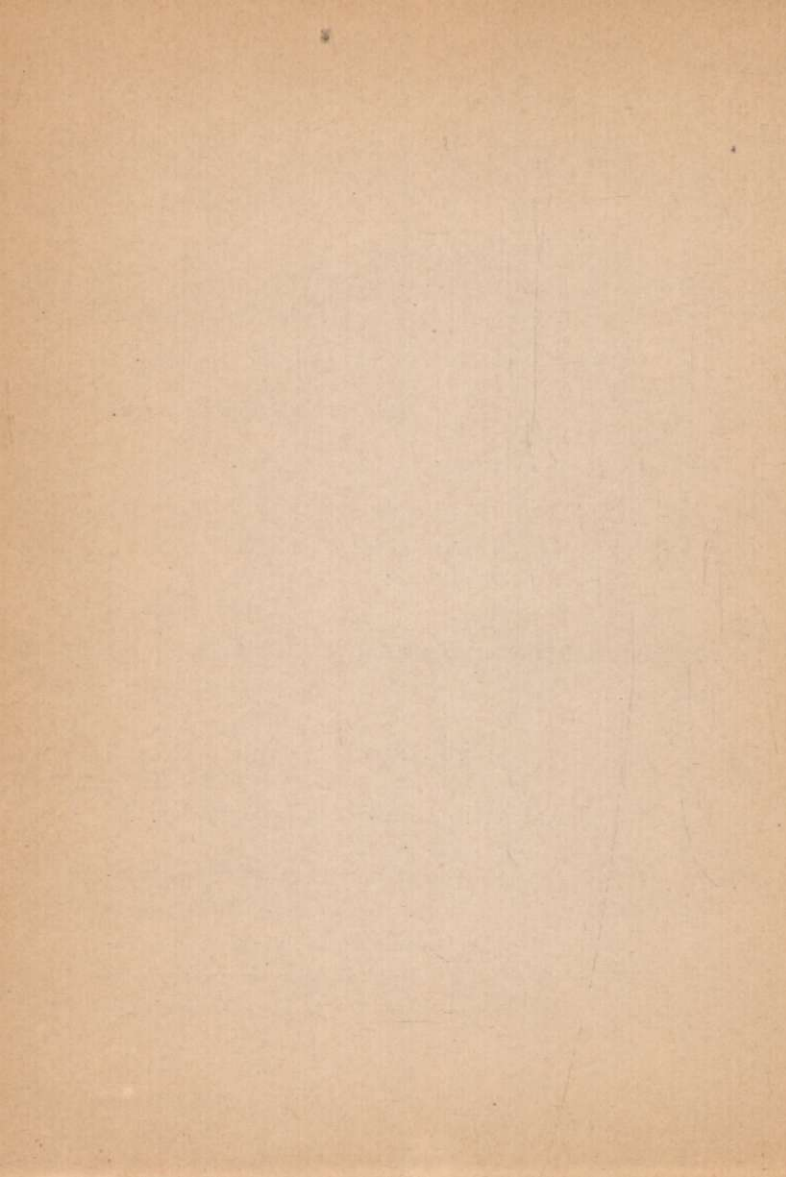
RENATO

Habrá llegado a rendirme homenaje, alguno de mis fieles vasallos...

YOLANDA

¡En el patio entran cuatro corceles...!

Pequeña pausa. Cesa de sonar la campana. En la puerta aparece un siervo que se inclina respetuosamente. RENATO y YOLANDA se vuelven.



ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, un SIERVO, y después OLIVIERO, conde de Fombrone, y FERNANDO, su paje.

EL SIERVO

Inclinándose desde el umbral.

El conde de Fombrone, permiso solicita para entrar...

RENATO

Sin poder contener la intensa alegría que le produce la noticia.

¡Oliviero...! ¡Qué agradable visita!

Volviéndose al Siervo.

¡Que pase...! ¡Recíbidle con el más alto honor,
porque él, es en mis tierras, más que huésped,
señor!

El Siervo se inclina y desaparece. Un momento después aparecen en los umbrales, rodeados de pajes y escuderos con antorchas, Oliviero y Fernando.

RENATO

Corriendo a abrazar a su amigo.

¡Bien venido, Oliviero! ¡Tu presencia es en esta morada, que ya es tuya, como un día de fiesta!

OLIVIERO

Después de abrazarle.



¡Y para mí, estrecharte en mis brazos, ha sido la mayor alegría que hace tiempo he sentido!

RENATO

Volviéndose y presentándole a Yolanda.

Conde, mi hija Yolanda...

Oliviero se inclina cortésmente.

OLIVIERO

Contemplando al padre y a la hija.

¡Dios liga opuestas cosas:
al rigor de la nieve la beldad de las rosas...!

RENATO

Con entusiasmo, a su hija.

Tú conoces su nombre. Combatimos unidos
cuando eran nuestros brazos ágiles y fornidos.
Juntos atravesamos montañas y llanuras,
y al estruendo sonoro de nuestras armaduras
en burgos y castillos tocaban a rebato...
¡Pregúntale al vencido señor de Monferrato...!

OLIVIERO

Presentando a su paje.

Mi buen paje Fernando...

RENATO

Después de haber contem-
plado atentamente al joven,
respondiendo con un movi-
miento de cabeza a su grave
inclinación, y volviéndose a
Fombrone.

¡En su faz se revela
que ha crecido a tu lado...! Si ha seguido
tu escuela

será sobrio de lengua y ligero de manos...

Los siervos, a una señal de Renato, se inclinan y desaparecen. Después se vuelve a Fombrone.

¡Sentémonos, y hablemos de los días lejanos...!

Se sientan junto al fuego.

La juventud gloriosa de tu frente aún no ha
huído...

¡Luchaste con los años, y cual siempre, has
vencido!

OLIVIERO

Suspirando.

Pasó el tiempo...

BENATO

¡La encina no le teme a la helada...!
Al ver tu tersa frente y mi frente arrugada,

no dirán que tenemos la misma edad... ¡Las
penas
y los años, no abrieron brechas en tus almenas...!

Pequeña pausa.

¡Debes venir cansado de tan luengas jornadas...!
¡Son largas las veredas y están mal
custodiadas...!

Se habla de robos: una banda de malandrines...
¿No has tenido tropiezos...?

OLIVIERO

Por poco, en los confines
de la montaña, donde empieza el valle, dejo
en manos de esos pícaros, la bolsa y el pellejo!
¡Me ha salvado la espada de mi paje Fernando!

Los tres se agrupan junto
al fuego. Sólo Fernando per-
manece a respetuosa distan-
cia, clavando, de cuando en
cuando, sus ojos en los de Yo-

landa, que lo miran con curioso interés.

RENATO

Mas ¿cómo ha sido...? Cuenta...

OLIVIERO

Venia cabalgando con mi paje y dos siervos, cuando de la floresta brotó agudo silbato; levantamos lá testa, y apareció, al borde del camino emboscada, de unos diez salteadores armados, la mesnada. Su capitán, poniéndose de nosotros delante, nos ordenó: —¡Seguidme!—con un gesto arrogante.

Mas Fernando, a su lado se encaminó con tino: —¡Quizá te seguiremos, mas enseña el camino!— contestó, y de un mandoble le hizo rodar por tierra...

Los gritos de los otros atronaron la sierra; y nos acometieron, aún más que por vengar la muerte de su jefe, esperando alcanzar

el botín. Eran nueve, valerosos y armados,
y nosotros tan sólo cuatro, y extraviados
entre los laberintos de un áspero paraje...
Entonces, a mi lado, acercóse mi paje,
y cual si misteriosas órdenes recibiera,
volvió al momento grupas, y emprendió la
carrera
al monte, a rienda suelta. Y tras él cabalgaron
cinco de los bandidos... Y solos nos dejaron
con los cuatro, privándonos de luchar con
más gloria,
más haciendo más fácil y pronta la victoria...!

YOLANDA

Impresionada, contemplan-
do al paje.

¿Le persiguieron cinco...?

OLIVIERO

A mitad de la vía

recorrida, volvióse, y al que cerca tenía,
sonriendo con una sonrisa desdeñosa,
le atravesó de un golpe, con su espada gloriosa!
Y solo, alzado sobre la grupa del corcel,
era un centauro antiguo... En vano sobre él
descargaban sus golpes los cuatro... Agil y fiero,
a todos contenía con su tajante acero,
seguro en el ataque y firme en la parada...
Ya, por la empuñadura rompiósele la espada,
cuando, puestos en fuga los que nos
combatieron,
llegamos en su auxilio, y los otros huyeron
cual corzos perseguidos por hambrienta jauría,
a internarse en el dédalo de la selva sombría,
dejándonos tres hombres muertos sobre el
terreno...

YOLANDA

Con profunda emoción.*

¿Os hirieron?

OLIVIERO

Mi paje, herido tiene el seno...
¡Ya le curé!

RENATO

Levantándose y aproximándose con interés a Fernando.

¿Una herida?

FERNANDO

Con serenidad.

¡Un rasguño, señor!

RENATO

Acercándosele.

Ven y estrecha mi mano, ¡oh, joven campeador!

Fernando se aproxima, y

estrecha respetuosamente, entre las suyas, la mano que le tiende Renato.

¡Al dártela, con ella mi entusiasmo te expreso...!
¡Con qué orgullo tu padre te abrazará
al regreso...!

Hijos como tú, honran...

FERNANDO

Con amargura.

¡Señor, no tengo padre!

RENATO

Mas, tu madre...

FERNANDO

¡Tampoco sé si existe mi madre...!

RENATO

Con mayor interés.

¿Y tu nombre...?

FERNANDO

¡Fernando...! ¡Mi suerte no me alegra...!
¡Si conquisto un escudo, tendrá la barra negra...!

RENATO

¡Tienes sangre de príncipes...!

FERNANDO

Con fiero orgullo.

¡Si el cielo me da vía,
más que sangre de príncipes será la sangre mía!

RENATO

¡Arrogantes palabras!

FERNANDO

¡Triunfará mi heroísmo...!

¡Cuanto soy en el mundo, me lo debo a mí mismo!

RENATO

Eres leal y joven. Tu alma es franca y florida...
¡Te enseñaron los años la ciencia de la vida...!
Mas esos desmedidos arranques no son buenos...
Escucha este consejo: ¡Obra más y habla menos...!

FERNANDO

Con cortés finura.

¡Hablar con arrogancia es noble, buen anciano,
si lo que el labio afirma lo sostiene la mano...!

RENATO

Irritado por el orgullo in-
domable del joven.

¡Perdóname, Oliviero, si mi sangre se enciende...!
¡Aplaudo su fiereza, mas su orgullo me ofende...!

FERNANDO

¡En vos respeto el nombre legendario, el valor probado y el afecto que os liga a mi señor...!
 Mas, levanto la frente sin rubor y os argullo:
 —¡Es, entre mis virtudes, la primera: el orgullo...!

RENATO

Con severidad

Imberbe mozalbeta, ¿qué sabes de la vida?
 Porque tu rostro es bello y tu senda florida;
 porque en tus pocos años el peligro te engríe
 y el mundo es como un sueño, y todo te sonríe;
 porque no hay más que astros en tu noche serena,
 y si la sed te abrasa, la copa encuentras llena,
 ¿sin temor, al destino tu orgullo desafía
 y gritas a la suerte: —Lo quiero y serás mía...?
 Mas tu soberbia ignora cuanto saberse debe:
 que es muy largo el camino y la vida muy breve;
 y que antes de que llegues al vértice soñado,
 tendrás las manos rojas y el rostro ensangrentado,
 y habrá de devorarte toda la angustia humana,

y lo que es hoy aurora será ocaso mañana...!
Yo también, llena el alma de espléndidas quimeras,
al desplegar al viento su pompa mis banderas,
sentí vértigos, ímpetus generosos, y anhelos
de levantar mi nombre hasta los altos cielos,
llevando, cual trofeo de olímpica victoria,
amarrada a la cola de mi corcel, la gloria...!
Mas ¡ay! que un triste día sentí la sangre helada,
y la mano ya inútil para esgrimir la espada...!
Y entonces me hallé anciano, sin vigores
ni aliento...
¡y mi sueño de gloria se disipó en el viento...!

FERNANDO

Señor: sois noble y fuerte. A mis hijos diré
ciego de orgullo, un día: —¡Yo le he visto...
y le hablé...!

Vuestras frases son como las frases de un vidente;
por siempre su recuerdo conservará mi mente.
Pero otra es mi fortuna, y es otro mi derecho...
¡A vos, os dió la suerte, nombre, familia y techo...!

En la escuela paterna vuestra alma se educó;
la grandeza heredada sus alas os brindó...

Las armas, más que base, medios y apoyos
fueron...

Yo crecí, sólo y huérfano. Mis ojos jamás vieron
en la edad de las risas, ni el más ligero encanto...

¡Tan sólo han conocido la ira, el dolor y el llanto...!

No he recibido un nombre, que cual sacro legado
debiera hacer ilustre o conservar honrado;

ni labios paternos, cual premio a mi valor,

han besado esta altiva frente de triunfador...!

¡Al tornar del combate, mi único lauro era

la banal acogida de una casa extranjera,

pues blasones y nombre los cielos me han negado,

y por ajenas glorias la sangre he derramado!

Mas, fiado en mi suerte, jamás sentí la pena

envidiosa y cobarde de la grandeza ajena...

¡Venciendo los obstáculos que interceptan mi vía,

es fuente de mi orgullo esta soledad mía...!

Pequeña pausa.

Yo soy fuerte. Mi espada igual que sol destella,

y ¡guay, del que sus fuerzas quiera medir con ella!
¡Mi arco nunca una flecha ha disparado en vano;
donde los ojos quieren la coloca la mano!
Si le impongo el capillo, el halcón nunca yerra,
¡y con su presa vuelve, triunfalmente, a la tierra...!
De las artes gentílicas el uso no olvidé,
y del laúd las cuerdas templar y pulsar sé;
conozco los secretos de las Cortes de amor,
y sé cantar amores igual que un trovador...
En justas de poesía tuve más de un trofeo;
y al verme correr lanzas, justando, en el torneo,
ya a la usanza morisca o a la guisa cristiana,
dejó caer su guante más de una castellana...!

RENATO

Sin poder contenerse.

¡Soportar ya no puedo tanta soberbia...! ¡Calla,
que si te pongo a prueba, y la prueba te falla...!

FERNANDO

Con soberbio ademán.

¡Pedid cuanto queráis...! ¡Os acepto por juez...!
¡Lo mismo esgrimo el hierro que juego
al ajedrez...!

Reparando en el juego que
hay sobre la mesa y señalán-
le con la mano.

RENATO

Dirigiéndose a Yolanda.

¡Ya que este mozalbete tanto se vanagloria,
dale una lección, hija...!

FERNANDO

A Renato.

Si obtengo la victoria,
¿qué don habréis de darme para premiar
mi suerte...?

RENATO

La mano de mi hija.

FERNANDO

¿Y si pierdo?

RENATO

Llevándole a aparte y en
voz baja.

¡La muerte...!

FERNANDO

Con gozo.

¡Soñar con una oferta más bella no he podido...!

RENATO

¿Aceptas?

FERNANDO

Con firmeza.

¡Sí...!

RENATO

Amenazante.

¡Si pierdes...!

FERNANDO

Encogiéndose de hombros.

¡Señor, habré perdido...!

¡Si pierdo, no me oiréis quejarme o maldecir;
que, si ignoro la vida, he aprendido a morir...!

RENATO

Volviéndose a Yolanda.

Empiece el juego, hija...

Los dos se aprestan a jugar.

FERNANDO

Reparando en la presencia
de Renato.

¡Perdonad un momento...!
Un juego tal, requiere al jugador atento...
El conde de Fombrone junto al fuego os espera...
Recordad los encantos de vuestra primavera,
mientras jugamos solos...

OLIVIERO

Desde la chimenea, donde
ha permanecido calentándose.

¡Tiene razón Fernando...!

RENATO

Acercándose a su amigo.

Pues bien: ¡voy a dejarles con su suerte jugando!

Se sienta al fuego.

OLIVIERO

En voz baja, señalando a
Fernando.

Fuiste con él severo...

RENATO

¿Mucho?

OLIVIERO

¡No...! ¡Es tan altivo,
que a veces sus palabras merecen correctivo...!
¡Mas, es noble, Renato, tener fe en el futuro...!
¡Vivir sin desengaños es conservarse puro...!
¡Cómo en sus negros ojos brilla la vida plena
bajo la sombra oscura de su fosca melena...!
¡Yo le vi combatiendo, y es tan bravo y leal,
que por él siento un vivo orgullo paternal...!
¡Me recuerdan sus ímpetus mi juventud bravía...!

Pequeña pausa.

RENATO

Mirando al paje, y como hablando consigo mismo.

¡Con qué heroica firmeza la muerte desafía!

OLIVIERO

¿En qué piensas?

RENATO

En nada...

OLIVIERO

Mas, si en tus ojos leo...

RENATO

Quisiera que venciese...

OLIVIERO

¡Perdona; no te creo!

Le das tu hija...

RENATO

Herido de súbito.

¡Es cierto...!

OLIVIERO

¡Teniendo tal laurel,
será, en verdad, milagro que no triunfe el doncel...!
¿Qué te dará, si pierde...?

RENATO

¡Nada...! No hay pacto... ¡Nada...!

OLIVIERO

¿Y olvidarás, Renato, la palabra empeñada...?

Continúan conversando
quedamente.

YOLANDA

Estás mudo y no juegas... ¿Qué te pasa,
Fernando?

FERNANDO

¡En tus divinos ojos me estaba contemplando!

YOLANDA

Después de una jugada.

¡Entro en tus filas como un lobo en un redil!
Ya has perdido una torre, y me llevo el Afil
si en su auxilio no corres y lo entras en tu
banda...

Cuida los malos pasos...

FERNANDO

¡Gracias, bella Yolanda...!

¡Pensaba en tantas cosas lejanas que he
perdido,
que a su recuerdo, ahora, de pena he
enmudecido...!

En el juego ni un solo paso me atrevo a dar...

YOLANDA

¿Quieres, tu puesto, paje, por mi puesto
trocar...?

FERNANDO

No. ¡Prosigue tu suerte, y déjame la mía...!

YOLANDA

¿Y si encuentras obstáculos que intercepten
tu vía...?

¡Qué cabeza...! ¿No has visto que has cometido
un fallo...?

¡Al Afil le doy muerte y desarmo al caballo...!

FERNANDO

Prendiendo el caballo.

¡No dejaré prenderlo! ¡Lo acepto como un don...!

YOLANDA

Sonriente.

¡Si seré afortunada, que una interpretación falsa me ha dado un triunfo...!

RENATO

Aproximándose.

¿Cómo va la partida...?

FERNANDO

Yo pierdo...

RENATO

¿Sí...? ¡Fernando, dala ya por concluída...!
Fué un juego sólo el juego, y broma el apostar...

FERNANDO

¡Con vos, noble señor, no se debe jugar...!
He dado mi palabra, y a ella me remito...

RENATO

Pierdes; tú lo dijiste...

FERNANDO

¡Mas, vencido no admito
gracia alguna; y prosigo, porque quiero, señor,

reclamar tu palabra, si salgo vencedor!

RENATO

Pues, bien; sigue tu suerte, paje...

FERNANDO

¡Seguirla intento;
y, dada una palabra, señor, no me arrepiento...!

RENATO

Se aleja, y después retorna.

Eres joven, valiente y leal... Sentiría
una desgracia tuya como si fuese mía...
Atiende a mis razones y humaniza tu brío;
yo te lo ruego como si fueras hijo mío...
Es tiempo; retrocede... Sabes lo que te espera...
¡Ayúdame, Yolanda...!

YOLANDA

Yo, padre, bien quisiera;
mas temo que desoiga mi voz... ¡Aún no he
vencido,
y recobrar aún puede el terreno perdido...!

RENATO

Te ciega tu orgullosa vanidad de vencer...
¡Mas, tú ignoras, Yolanda, lo que pierde al
perder...!

FERNANDO

Interrumpiéndole.

¡Todo ha de ser inútil...! ¡Ni vos, conde, ni ella,
me arrancarán del juego...!

RENATO

¡Te dejo con tu estrella!

Renato vuelve junto a Fombrone y se pone a conversar con él, en voz baja, mientras Yolanda y Fernando juegan durante algunos instantes en silencio.

YOLANDA

Alzando la cabeza y mirándole fijamente.

Dí, ¿qué dijo mi padre que pierdes si perdía...?
¿Qué pierdes tú...?

FERNANDO

¿Yo...? ¡Nada...! ¡Son locas fantasías!

YOLANDA

Al hablar, parecióme que estaba preocupado,
¡y tú le interrumpiste tan pálido y turbado...!
¿Qué pierdes tú, si pierdes...? Dime...

FERNANDO

¡Nada importante...!

YOLANDA

¡Mi padre más te teme vencido que triunfante...!
¡Yo no sé por qué estoy medrosa y afligida...!

FERNANDO

¡Bella Yolanda, alégrate, perderé la partida...!

Pequeña pausa.

YOLANDA

¿Qué presagios te abruman...? ¿En qué piensas,
Fernando?

FERNANDO

¡En tus divinos ojos me estaba contemplando...!

YOLANDA

Palidece tu rostro... ¿Por qué...? ¿Quizá la
herida
te duele...?

FERNANDO

¡No, Yolanda...! ¡Como es bella la vida...!
Pequeña pausa.

YOLANDA

¿Está, dime, Fernando, tu país muy distante...?

FERNANDO

Yo nací donde el aire es suave y fragante;
en una tierra llena de cánticos y flores,
donde, junto a las musas, sonríen los amores;
donde en el mar se espejan pálidos olivares,
y en las colinas crecen naranjos y palmares;
donde todo es perfume, y el Señor poner quiso
todas las maravillas que encierra el Paraíso...
Allí espuman las brisas del sonante Océano...
Mas, mi país, Yolanda, ¡se encuentra tan
lejano...!

YOLANDA

Dime, ¿allí las mujeres serán bellas y amantes?

FERNANDO

¡Pronto al amor se rinden; pero son
insconstantes!

¡Bajo aquel sol, fulgente de llamas, fueron
hechos
para el beso sus labios, para el amor sus
pechos...!

Mas, yo, hijo de su fuego, y crecido entre flores
que embriagan y deslumbran con sus vivos
fulgores,

amo los suaves pétalos de misterioso porte
y las blancas corolas de los cielos del Norte.

Y una trenza de oro, y un ojo azul, y una
blancura melancólica, hecha de nieve y luna,
encienden mis deseos y exaltan mi ternura,
más que una tez morena y una pupila oscura...

¡Azules son mis cielos, y azules son los montes
que engarzan sus turquesas en áureos
horizontes...!

Pequeña pausa.

¡Qué bella eres, Yolanda...!

YOLANDA

Ansiosamente.

¡Sigue...! ¡Te quiero oír...!

FERNANDO

Dime, ¿has pensado, acaso, que se pueda morir antes de haber probado la embriaguez del amor; antes que el alma entera se abra como una flor, y apure, entre las rosas de una boca florida, toda la miel que encierra el panal de la vida...?

YOLANDA

¡Oh, no...!

FERNANDO

¡Tener mis manos entre tus manos presas, y sentir que me miras, y sentir que me besas...!
¡Un instante en tus brazos tan sólo pido a Dios, y que venga la muerte...!

YOLANDA

Como ebria de felicidad.

¡Moriremos los dos...!

FERNANDO

Contemplándola extasiado.

¡Qué suaves cabellos...!

YOLANDA

¿Por qué hablas de la muerte,
como si te dolieras, ahora, de tu suerte...?

FERNANDO

¡Qué dulce es tu sonrisa...!

YOLANDA

¿Por qué, por qué, Fernando,
me miras tristemente...?

FERNANDO

¡Es que estaba formando
castillos de imposibles que tú por tierra tiras...!
Juguemos... ¡Soñé un sueño de oro...!

YOLANDA

¿Por qué suspiras...?

FERNANDO

¡Suspiro por mis sueños y mis tierras lejanas!

YOLANDA

¡Y quizá por los ojos de hermosas castellanas...!

FERNANDO

Indicándole el juego.

Ahora eres tú quien pierde...

YOLANDA

Me avisas con premura
como si tu victoria te causase amargura...!

FERNANDO

¡No sabes cuántas cosas me juego en la partida...!
¿Ignoras que si pierdo he perdido la vida...?
¿No sabes que eres bella, como no lo es ninguna;
que amo tus áureas trenzas y tu frente de luna;
que sólo tengo mía la sangre de mis venas,
y que si no me amas me acabarán las penas...?

YOLANDA

Y tú, ciego, ¿no miras que por gozar me afano

las embriagueces de este deliquio sobrehumano?

Se quedan silenciosos un
instante.

OLIVIERO

A Renato, señalando a Fer-
nando.

Mirale: con la mano los bucles se despeina...

RENATO

En voz alta.

¿Cómo va la partida...?

FERNANDO

Sonriente.

¡Le he matado la Reina!

YOLANDA

Escúchame, Fernando. Esta es la vez primera
que una voz amorosa mi corazón altera.

¡Cuánto, paje, ha soñado mi corazón amante
con tus nobles acentos y tu viril semblante...!

¡Cuántas veces, en esta morada solitaria,
en lugar del monótono ritmo de la plegaria,

murmuraba confusos y febriles reproches,
pidiendo al cielo un rayo de luz para
mis noches...!

¡Si tú supieras cómo tras de las vidrieras,
soñando con tu arribo, pasé tardes enteras...!
¡Si un niño entre los brazos de su madre veía;
si de un nupcial cortejo las músicas oía,
envidiando su suerte, mis vestidos miraba,
y me hallaba más pobre que una mísera esclava...!
¡En mi pecho sentía como un vacío arcano,
y en el paterno afecto me refugiaba en vano...!
¡Los más nobles barones mi mano mendigaron,
y a todos, con hastío, mis labios rechazaron!
¡Llegaste tú, Fernando, bello, fuerte y cortés,
y al mirarte, a mi alma alguien dijo: ¡Este es!

FERNANDO

Mas tu mano, Yolanda, mano blanca y sutil,
al dársela a este paje, ¿no se tendrá por vil?

YOLANDA

Lo que el destino ha unido, nada habrá que
destruya...

¡Dos avances, Fernando, y la victoria es tuya...!

RENATO

En alta voz, a los jugadores.
res.

¿Cómo andamos...?

YOLANDA

¡Tu hija, su ingenio en vano agota,
temiendo la deshonra de su primer derrota...!

RENATO

¿Perdiste...?

YOLANDA

Todavía... Mas perderé...

RENATO

—Fernando,
escúchame... Suspende... Yo deliraba, cuando
te reté... Mi castillo más fuerte, la parcela
más rica; elige: es tuya... Pero, por Dios, cancela
este pacto imposible... Yo te haré noble y rico...
¡Mi palabra devuélveme...! ¡Como un padre,
suplico...!

FERNANDO

Señor, a tanta oferta, una respuesta fija...
¡Tengo vuestra palabra, y adoro a vuestra hija!

RENATO

Será tuya, si quieres... ¡Pero piensa—y perdona
si te ofendo—que ella rechazó una corona
ducal, que es cuanto queda de su antiguo linaje,
y quizá más de un príncipe ha de envidiar
al paje!

Fernando vacila, mas Yo-
landa le insta a seguir ju-
gando.

YOLANDA

Sigue jugando...

RENATO

A Fernando.

Un día podrás ser poderoso,
mas hoy...

YOLANDA

A Fernando, en voz baja.
¡Avanza un paso, y el triunfo no es dudoso!

RENATO

Eres joven y pobre... ¡Oye, Fernando, ahora apenas si despierta de tu vida la aurora...! Yolanda es bella y rica, de orgullosa raíz; y dudo que con ella llegues a ser feliz...

Mientras Fernando vacila, Yolanda, a hurtadillas, tomándole dulcemente por la mano, le hace avanzar sobre el tablero y ganar la partida.

YOLANDA

A su padre.

Lo hecho está hecho. Tarde tu consejo ha venido...
Tu palabra empeñaste...

RENATO

¿Qué dices...?

YOLANDA

Levantándose. Todos hacen lo mismo.

¡Que he perdido!

OLIVIERO

Abrazando a Fernando.

¡Fernando, en buena hora a esta torre vinimos!

YOLANDA

A su padre.

¡Me ofreciste un esposo, y los dos lo elegimos!

RENATO

Reprendiéndole.

¿No sientes la derrota...?

YOLANDA

El dolor pronto pasa,
que es triunfo de familia y todo queda en casa!Abraza a su padre y le da
su mano a Fernando.

RENATO

A Fernando.

¡Ya que Dios te ha negado un nombre, te confío
si lo juzgas honrado y digno, el nombre mío!

Fernando se inclina e in-

tenta hablar; pero Renato le contiene con un gesto.

Que a mis consejos seas obediente, te exijo...
¡Y doy gracias al cielo porque me dió tal hijo!

Fernando, después de haberse arrodillado a los pies de Renato para recibir su bendición, se alza, y volviéndose hacia Yolanda, la mira un instante, sin atreverse a hablar.

YOLANDA

Me miras y enmudeces. ¿Qué te pasa, Fernando...?

FERNANDO

¡En tus divinos ojos me estaba contemplando...!

TELÓN LENTO

OBRAS DEL MISMO AUTOR

	<u>Pesetas.</u>
<i>Panales de Oro</i> (poesías).....	3,50
<i>Palabras antiguas</i> (poesías).....	3,50
<i>Jardines de Plata</i> (poesías).....	3,50
<i>El espejo encantado</i> (poesías).....	3,50
<i>Las garras de la Pantera</i> (novela).....	3,50
<i>Breviario del Amor</i>	3,00
<i>Julio Herrera</i> (poesías).....	2,00
<i>El Rey Galaor</i> (tragedia en tres actos).....	3,50
<i>Era Él</i> (poema en un acto).....	2,50
<i>El Velo de Isis</i> (poesías).....	3,50
<i>La tela de Penélope</i>	3,00
<i>Aben Humeya</i> (tragedia morisca).....	4,00
<i>La Cena de los Cardenales</i> (comedia).....	1,50
<i>El Reloj de arena</i> (poesías).....	2,00
<i>La Leona de Castilla</i> (drama).....	3,50
<i>Campanas Pascuales</i> (poesías).....	3,50
<i>La Cisterna</i> (poesías).....	2,00
<i>La fuente de las gacelas</i> (poesías).....	3,00
<i>Baladas de cetrería y otros poemas</i>	3,00
<i>Granada</i> (poesías).....	3,00

SUCESORES DE HERNANDO (Editores).